



OBISPO DE CARTAGENA

Ordenación de diáconos

Santa Iglesia Catedral de Murcia, 14 diciembre de 2025

En este tercer domingo de Adviento, se nos dice claramente cuál es la intención del Señor al enviarnos a su Hijo. Dios viene a salvar, a cambiar la situación de desventura de su pueblo. El profeta Isaías lo describe de una manera bella cuando dice que el desierto se convertirá en un jardín y que las rodillas débiles de la gente se fortalecerán... Lo que estamos oyendo es un mensaje de esperanza, porque sabemos que, con la venida del Mesías, la pena se transformará en alegría. El tercer domingo de Adviento siempre ha sido un domingo de gozo y presentimiento de la alegría plena de la venida del Señor. «El desierto y el yermo se regocijarán, se alegrarán el páramo y la estepa, florecerá como flor de narciso», exclama Isaías. La razón de este gozo está en que el Reino está cerca, en que ya irrumpe la salvación y en que la vida tiene sentido.

Los apóstoles tenían claro, especialmente cuando recibieron la fuerza del Espíritu Santo, que no se habían equivocado al seguir al Señor y que no podían callarse, guardarse para ellos solos esta fuerte experiencia de fe y de salvación que les había sido regalada. Por eso, hoy más que nunca, entendemos el grito del apóstol Pablo sobre el compromiso misionero de cada bautizado: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9, 16).

Queridos hermanos, vuestro deber como hijos de Dios bautizados es anunciar a Cristo, por el mero hecho de haber aceptado la fe, pero con más razón en la condición de diáconos con vistas al presbiterado, vuestra misión será la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único Salvador, que «en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en él su plenitud y su centro» (*Dominus Iesu*, n. 13). Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, porque Cristo es el centro, el «Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin» (Ap 22, 13).

Queridos seminaristas, candidatos a la ordenación sagrada del diaconado, tened la seguridad en vuestra vida de que seguís a Cristo, a nadie más, porque él es el centro máximo de vuestra atención y habéis sido llamados por él para servir; habéis sido llamados a una misión, que consiste nada menos que en ser «colaboradores de Dios». Pido a Dios que seáis capaces de responder como él a esta tarea con gratitud y admiración: Doy gracias a Cristo Jesús, que se fío de mí y me confió este ministerio (cf. 1 Tim 1, 12). Cuando escribía a Timoteo, ya en los últimos años de su vida, Pablo no ha dejado de admirarse ante este hecho increíble: «¡Se fío de mí!», Dios me ha llamado a colaborar íntimamente con él. Hoy, Jesús, pondrá en vuestras manos la redención operada por Cristo

y os confiará la Buena Nueva de la salvación. ¡Qué admirable asombro! El Dios infinito se ha fiado de vosotros, como se fio de san Pablo, a pesar de ser un hombre débil y frágil. Una admiración que alcanza su grado culminante por el hecho de que esta colaboración consiste nada menos que en ser «administrador de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1).

Esta misión es hermosa y exige un especial estilo que no debéis olvidar nunca. Lo hemos oído muchas veces y en esta ocasión con más motivo, vosotros no sois los protagonistas, el protagonista es Dios, vosotros solo sois instrumentos en sus manos, por eso debéis aceptar la tarea con la humildad y con la sencillez más profunda y radical.

El verdadero apóstol experimenta su incapacidad; todos sus valores y cualidades son radicalmente insuficientes en orden al altísimo encargo recibido. Pero no os preocupéis, es el mismo Dios el que os llama a ser apóstoles, colaboradores suyos, y «os revestirá de fortaleza» (cf. 1 Tim 1, 12). Podéis estar seguros de que os capacitará, porque esto es cosa de Dios, nuestra capacidad viene de Dios, como indica san Pablo, el Señor nos capacitó «para ser ministros de una nueva Alianza» (2 Cor 3, 5-6).

Dios siempre viene en ayuda de sus colaboradores para ayudarles en sus dificultades pastorales. Aprended de san Pablo, que nos explica cómo ha afrontado los duros trabajos por el Evangelio hasta dejarse la vida y todos sabemos hasta qué punto se «gastó y desgastó» por los hermanos (cf. 2 Cor 11, 23-29). Él ha aceptado este reto, porque conoce bien a Dios, porque sabe que nunca defrauda y que es fiel; también conoce cómo debe ser su estilo de pastor cuando escribe que «ni el que planta es algo, ni el que riega, sino es Dios, el que hace crecer» (1 Cor 3, 7); no reniega de su trabajo, ni del de los demás apóstoles («yo planté, Apolo regó»), pero afirma categóricamente que «fue Dios quien dio el crecimiento» (1 Cor 3, 6). Esta es una lección muy importante para todos nosotros, pero especialmente para vosotros que comenzáis a servir como diáconos. La lección es de una sabiduría exquisita y esencial: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (Sal 127, 1).

Aceptar la tarea de colaborar en las cosas de Dios tiene que despertar en vosotros un profundo sentido de responsabilidad, pues «lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles» (1 Cor 4, 2). Sin duda que el consejo que Pablo daba a los cristianos de Filipos de «trabajar con temor y temblor por su propia salvación» (Fil 2, 12). Aprended esto y no lo olvidéis nunca, en la vida y en la actividad jamás actuéis con ligereza; porque Dios es quien obra en nosotros el querer y el obrar, como bien le parece (Fil 2, 13). Vosotros solo vais a ser testigos del amor de Dios, manifestado en Cristo, «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Ti 2, 4). Por esto debéis hacer vuestras las intenciones y deseos de Cristo, estando dispuestos a «gastarse y desgastarse totalmente» por los que se os confien (2 Cor 12, 15), sin pensar en los propios intereses. Podéis hacer un repaso por la experiencia apostólica de san Pablo para daros cuenta de que toda su entrega, sus viajes, sus luchas y fatigas, su insistir a todos a tiempo y a destiempo (cf. 2 Tim 4, 2) tiene su explicación en un corazón invadido por el amor de Cristo a los hombres. Es Cristo mismo, que viviendo en Pablo (cf. Gal 2, 20) ama también en él a los hombres con su mismo amor.

El Señor os quiere para sí enteros, entregados, coherentes, generosos. Prestad atención porque, a partir de este momento, os vais a comprometer, delante de Dios y de los hombres a vivir solo para Dios, guardando el celibato sois conscientes de lo que vais a prometer: emprender este camino con coherencia y con un corazón indiviso (cf. 1 Co 7,

32.3 4). Esta decisión viene derivada de una tradición que se remonta a Cristo, «está en múltiple armonía con el sacerdocio [...]. Es, en efecto, signo y estímulo al mismo tiempo de la caridad pastoral y fuente peculiar de fecundidad espiritual en el mundo» (*Presbyterorum ordinis*, 16).

Queridos candidatos al diaconado, rezamos por vosotros y con vosotros y os tendremos muy presentes en esta celebración, porque el paso que vais a dar es tan alto y hermoso que merece toda la atención de la Iglesia de Cartagena. Sentíos contentos y no os desaniméis nunca y dad gloria a Dios con vuestra tarea, el Señor os necesita para iluminar el ánimo de vuestros hermanos y reconciliados con Dios disfruten de una intensa vida de fe.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena